

Pilar Franco Borrell



Brava

Erea Azurmendi

Pilar Franco Borrell
Erea Azurmendi

Brava

© del texto, Pilar Franco Borrell, 2020
www.aypilar.com

© de las fotografías, Erea Azurmendi, 2020
www.ereazurmendi.com

© Editorial Planeta, S. A., 2020
Lunweg es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avenida Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona
Calle Josefa Valcárcel, 42 – 28027 Madrid
lunweg@lunweg.com
www.lunweg.com
www.facebook.com/lunweg
<http://twitter.com/Lunwegfoto>

Primera edición: febrero de 2020
ISBN: 978-84-17858-13-1
Depósito legal: B. 6.803-2019
Imprime: Egedsa

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

Lunares	7
En boca de otros	9
Pielonefritis aguda.	10
Peces voladores	12
Dios y los culebrones.	16
El fin justifica los medios o por qué descuadran los <i>tuppers</i>	19
Nuestro amor era Mowgli.	20
Letters & lovers	23
Lo que hace una por los hijos	24
Bicho hoja	28
El Mar Menor anda al límite de sus posibilidades, pero qué bueno está el melón	31
Un humidificador, por favor	32
A los productivos.	35
Historia universal de la conciliación	36
La importancia del contexto	39
Grupos de WhatsApp por los que corren las pelotitas del desierto.	42
Arrastradas	45
La niña vieja y el antiguo café Comercial.	46
Telescópica	49
Mi patria	50
Carta al Dios de mi infancia	54
La primera arruga.	57
El postureo y los años noventa	58
La Thermomix y el amanecer	60
Una mujer libre.	62
Aprendizajes	65
Los calcetines en el suelo.	68
La periferia y la RAE	71
Memorias del primer Sant Jordi (I).	72
Introducción al mar	75
Calendario para decir adiós	76
Una madrileña en Gràcia	80
Cena para dos	82
La niña vieja y su armario <i>vintage</i>	84
Que nadie vuelva a meterse con las revistas del corazón	87

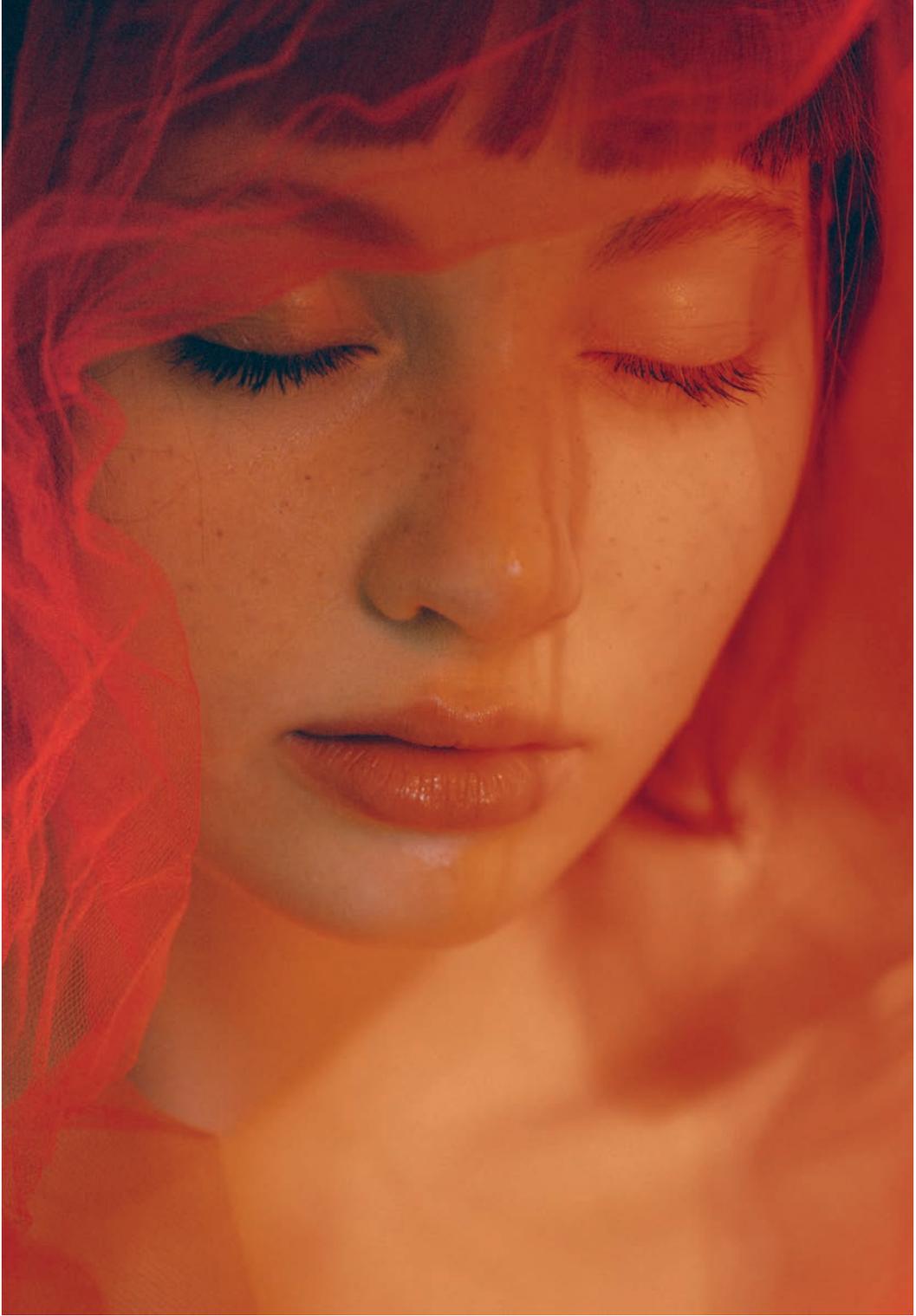
Vertedero sentimental	88
Envasado al vacío	91
Cambio de hora	95
Peleemos como Pollock	96
El foiegras y el deseo	101
El suero intravenoso te pone guapa	102
La ausencia	107
Impuntualidad	108
Clases teóricas	111
Ojalá te toque el Euromillón.	112
El amor es como un gambón de Medina del Campo	114
Esas cegueras transitorias	118
Lo que os queda por vivir	121
Memorias del primer Sant Jordi (II)	122
La niña vieja y el cielo azul de la Atlántida	124
Coraza.	127
Obsolescencia programada.	130
La final de los mundiales.	133
El amor y la filantropía	134
La pesadilla de la infancia.	137
Errores garrafales	138
Velencoso de Nazaret o lo poco que me costó cumplir el primer mandamiento cuando tenía diez años.	142
Confeti blanco.	145
Petazetas y draculines	146
Estamos crispadísimos.	149
Lisboa – Hamburgo	150
El mundo al revés	153
La miseria y la obviedad	157
Máquina de vapor.	159
Otra película	160
Activismo 2.0.	163
La periferia de género.	164
La niña y la boca.	168
Alsa es Deliveroo.	171
La mentirosa	173
El silencio es un aliado	174
Cosas que pasan en la biblioteca.	176
La mujer ideal	180
Para que haya poesía.	183
 Agradecimientos	 186



LUNARES

Algunas mujeres no deberían desnudarse:
enseñar las estrellas es de mala educación.

BRAVA



EN BOCA DE OTROS

Son pocas las veces en que me hubiera gustado apropiarme de la boca de otros, las ocasiones —detalladas a continuación— en las que he deseado:

Trabajar como maestra para decir: cuéntalo en alto y así nos reímos todos.

Tener una hija adolescente para explicarle que esto no es un hotel.

Volver a la pubertad para contestar: tú no me comprendes.

Fundar una iglesia para anunciar: podéis ir en paz.

Ser de New Jersey para pronunciar *chaclet*, en lugar de cho-co-leit.

Apellidarme Valdano para hablar mucho sin contar nada.

O Parks para alterar el sistema con un «no» como una catedral.

Retroceder hasta la antigua Grecia para reconocer que *solo sé que no sé nada*.

Pertenecer a la familia Corleone para amenazar con elegancia.

Cambiar de raza para quebrar la voz en el discurso: *I have a dream*.

Suplantar a otra mujer para afirmar, mirándole a los ojos: sí, quiero.

Y entrar en una película de Chaplin para revelaros el secreto de la vida:

--- -----, --- -----.

PIELONEFRITIS AGUDA

He vuelto a meter a mi hija en un *tupper* gigante que hace las veces de cuna. Las sábanas del hospital no pegan con la suavidad de su cuerpo, que se mueve despacio, aletargado por la fiebre. Tan apropiada me pareció esta misma ropa de cama el día de la cesárea, y ahora la siento áspera de más, casi corrosiva. Todo es superficie rocosa sobre la piel de un recién nacido. La aspereza de la tela, lo punzante de la aguja, la suciedad del *body* sudado, lo blanco de la clínica, la tristeza del sillón reclinable frente a una función infantil sobre infecciones renales. El contenido de un hospital conjuga fatal con la palabra *infancia*.

La urna envuelve, en su opaca transparencia, a la niña. Desde el otro lado, contemplo cómo trata de arrancar la vía de su diminuto puño vendado. La manguerita del suero parece una cinta de gimnasia rítmica agitada por un alegre cascabel. Yo ya no sé si sufre o juega. La noto menos amarilla. Menos pegajosa. Dentro de cinco días, en cualquier caso, ambas podremos salir de aquí. Cicatrices en el riñón, solo quedará eso. Un diagnóstico del que extraer la más hermosa de las conclusiones: todas las cosas por las que merece la pena vivir, las va a conocer la niña. La niña, que va a probar la textura exótica del higo y a jugar con la perra añosa y a reír como yo ahora, frente a otros enfermeros, atónitos porque la carcajada no le corresponde a esta planta, que es a la que vienen los bebés a sufrir.

Bailemos. Bailemos, Lola, en nuestra habitación aséptica. Bailar es un asunto importante. Por eso desconecto la bomba de la vía, porque ella, que aún no tiene cuatro meses, insiste en llevarme a pasear. Nos van a castigar, le advierto, vigilando que haya concluido la ronda de las doce. Pero la niña empuja el cochecito hasta el ascensor. Quiere bajar a la planta en la que nacen los otros, que es donde más huele a vida, o a la entrada del Edificio H, donde florecen los jazmines, a tomar el aire, para sacar a su madre de la insoportable neutralidad que se impone en un pasillo de hospital.

Un armario como una chirigota, con su capa, su tutú y sus botas de agua amarillas, le prometo al oído a una criatura que aún no descodifica el lenguaje, que sin embargo comprende, y tira de mí en dirección a otros paisajes, y balbucea vivaracha porque habita en el momento. El momento lleva el alivio de la penicilina. Ya no duele. Somos fugitivas, Lola. Fugitivas. Sonríe. Hasta que nos manden de vuelta a la urna de plástico. ¿Cuándo llegamos?, parece preguntar, mientras tintinea el ascensor. Solo en la infancia se dimensiona el presente. Los Reyes Magos son los padres. Pero el *mindfulness*, los hijos.



PECES VOLADORES

Belkis me contó que en su país llovían peces. Era verano. Estábamos cenando sardinas al aire libre cuando en el canal 24 horas de TVE anunciaron que en Madrid caía un granizo histórico. El diámetro de los copos de hielo era como el de un pomelo. Los coches parecían cubiteras. Por un momento pensé en los madrileños que ese día habían decidido estacionar su Seat León asegurado a terceros en la avenida más despejada. Al otro lado de la mesa, al tiempo, Belkis recordaba que, en Yoro, un pueblo de Honduras, cuando se ponía el cielo negro y soplaba un viento huracanado, caían pescaditos.



Esa noche supe que los hondureños se ponen a salvo de este tipo de inclemencias igual que hacemos en Madrid, porque un pez te abre la cabeza con la contundencia de una bola de hielo. Cuando pasa el aguacero, los vecinos salen de sus casas provistos de canastos. Observan a los peces temblar sobre las aceras, abriendo y cerrando las branquias, maltrechos, al borde ya de la parrilla. Los niños juegan. Toquetean. Al rato, inician la cosecha. En lugar de llorar por los destrozos, la gente sonríe, hace acopio, baila en las calles, salta sobre los charcos, saluda a las cámaras a las espaldas de los reporteros internacionales. Celebra que esa noche se come carne, se come fresco. Porque el padre Subirana rezó tres días y tres noches. Por las corrientes subterráneas. Por los tornados que los arrojaron sobre la tierra. Por lo que sea. Pero celebran y dan gracias y se limpian la boca de sal y de nuevos sabores.

Durante semanas, después de la tormenta, las aceras brillan. Y nadie sabe si es por las escamas de los peces que cayeron de la nada o por el velo translúcido de tanta alegría derramada.







DIOS Y LOS CULEBRONES

BRAVA

Dios se siente solo. Está en su silla de mimbre agujereada, en el salón de su apartamento interestelar, pensando en nosotros. A veces baja al trastero, al cuarto donde guarda las especies, en busca de compañía. Contempla orgulloso el carey de las tortugas o el mofletillo naranja del pingüino emperador. Observa al ser humano, plastificado. Suspira. A ver si un día me da este mono una alegría: un tratado de concordia universal, un premio que no esté ligeramente amañado. A ver si se pone de acuerdo el mono.

Vuelve al salón e inclina el torso hacia el planeta Tierra. Despeja los cirros de un soplido en busca de una buena nueva. A ver, a ver. Los titulares. Hay ácido sobre las fosas comunes de Birmania, descomponiendo cuerpos de una minoría. Hay un señor anaranjado, con un tupé perturbador, pensando en el próximo *tweet*. El tigre de Sumatra está en peligro de extinción. Lo de siempre. Muerte y circo. Dios regresa a su sillita de mimbre y mira al frente, fatigado. Entre las manos sostiene una taza de café que remueve desde el origen de la especie. Se le ha puesto frío, de tanto esperar algo de nosotros. De fondo, suena la voz de Rosa, la señora que da las recetas en Radio María. Dice *instentino* en lugar de intestino. Dios sonríe levemente, secándose la lágrima, y se acuerda de Marisa Naranjo y su célebre: notarán ustedes que el sonido de los cuartos es totalmente diferente al de las campanadas. Rememora la cara de desconcierto que pusimos los españoles aquella noche, con las uvas en la mano. Todas esas bobadas espontáneas que pulen las esquinas de la realidad.

A Dios le da vergüenza reconocer que se ha enganchado a este culebrón, que en ocasiones le patear el corazón y otras muchas le entretiene. Confía, a pesar del balance negativo, en la habilidad del mono. Así que dice: perdónalos, porque no saben lo que hacen, mientras bebe café frío, para que nadie le corte el grifo de la humanidad.



BRAVA

